

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
En Madrid..	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
En provincias.	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Educacion, por doña Isidora Valdominos.—A *Valencia*, poesía, por D. Aureliano Ruiz.—*El aire y el agua*, fantasía, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*¡Pobres ángeles sin madre!* novela, por doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Revista musical*, por D. Felipe Perez.—Esplificación del grabado de lencería.—Descripción de la hoja de bordados, por doña Adelaida Montagnol.—Variedades.
Pliego diez y seis de 16 páginas, y conclusion de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

LA EDUCACION.

El hombre no vive de solo pan,
sino de toda palabra divina.
(Evangelio.)

Comprendó perfectamente que una inteligencia tan débil como la mía nada nuevo ha de encontrar que decir en una materia tratada bajo todas las formas, por los mas nobles y esclarecidos ingenios.

Como quiera, sin embargo, que ella es tan vital é importante, como que de ella principalmente depende la suerte de los individuos, de las familias y las naciones, nunca podrá ser ocioso ni perdido el trabajo que se dedique á enaltecer tan noble objeto y á ilustrarlo, por lo mismo que tan funestos pueden ser en este terreno los estravios y los efectos de la equivocacion y del error. Ante estas poderosas consideraciones, la conciencia de mi cortedad y de la limitacion de mis conocimientos, no han debido ser motivos bastantes para hacerme desistir de mi propósito, si, por otra parte, estoy segura de la bondad de mis intenciones, y me anima real y verdaderamente el deseo de contribuir de esta manera al bien general.

Sabido es que el hombre no viene al mundo como salió nuestro primer Padre de las manos del Criador, ó como cuenta la mitología pagana, haber nacido Minerva de la cabeza de Júpiter, hombre ya formado y perfecto en el triple orden de su cuerpo, de su razon y de su voluntad, que bien pronto vino á corromper el pecado. El hombre aparece en el mundo como un gérmen, cuyo desarrollo ha de

obrarle lenta y gradualmente en el curso de la vida, en cuyo umbral le recibe el dolor, arrancándole la primera lágrima.

Débil é impotente en cuanto á su cuerpo, más que otro ser alguno de la creacion, sucumbiría á su debilidad en los primeros instantes de su existencia, abandonado á sí mismo, y sus sentidos y sus miembros, permanecerian en el embotamiento, en la inaccion y en la inhabilidad, si una mano robusta, guiada por la inteligencia y por el amor, no se encargase de dirigirlos y de ejercitarlos. Su inteligencia está desierta como una página en la que nada se ha escrito: virgen está su corazon: la estrella divina, envuelta en una nacarada nube: la llama del amor, encerrada en el corazon como el perfume en el cáliz de la flor, que aun no abrió su seno á la luz ni al rocío.

Pero esa razon, hoy ciega, abrirá un día sus ojos, despertarán de su letargo los instintos, y del fondo de su corazon que hoy vela la inocencia, se alzarán mañana vago é inquieto el deseo, que es la voluntad activa, lanzada en pos del bien que le atrae con irresistible fuerza, como se precipita la piedra hácia su centro.

Organizacion, inteligencia, voluntad; hé ahí el hombre de la naturaleza. Desarrollar y robustecer la primera, ilustrar la segunda, y conducir la tercera, protegiendo el desenvolvimiento de sus facultades físicas, mostrándole la verdad, y enseñándole á conocer el bien: hé ahí la obra y la tarea de la educacion. Segun sea por parte de esta el desempeño de su encargo, mas que otro alguno, augusto, interesante y sublime, así será el hombre, ya se le considere como individuo en la familia, ó en la sociedad. Del seno de la educacion, que es su segunda madre, nacerá ángel ó mónstruo, digno hijo de Dios, ó degenerado de su imagen; bienhechor ó azote de sus hermanos; génio, héroe, ó nulidad menguada; santo ó Calígula.

Entiéndese, empero, mas especialmente por educacion, la que, obrando sobre la voluntad, tiene por objeto el dar al hombre el conocimiento del bien, enseñándole á distinguirlo del mal; dirigir convenientemente las pasiones, é inspirarle la virtud; y este es el terreno que escogemos, y este el lado por el cual vamos á considerar la educacion en el presente artículo.

El desarrollo y perfeccion del cuerpo da por resultado la belleza, la salud, y la duracion de la vida,

dentro de los límites de un período que, por mucho que se prolongue, no es mas que un rápido instante, lo que un punto en el espacio, lo que en el inmenso Océano una gota de agua, ó un grano de arena en el vasto solitario Desierto. La belleza es un deslumbrante meteoro que pasa como la exhalacion del estío, ó como el fantasma de un ensueño; la salud alterna con las dolencias, y los físicos placeres no son sino deleitosas flores erizadas de punzantes espinas.

El humano saber, ¿qué otra cosa es sino ignorancia y vanidad? Dios solo es grande; Dios solo es la felicidad, y la virtud es el camino que conduce á Él.

Y no es la virtud aquella áspera y angosta vereda que se abre paso entre escabrosidades y espinos, estenuando las fuerzas del viajero, y ensangrentando sus plantas, segun la pintura que de ella nos hacen algunos moralistas ascéticos.

No; ella es una virgen de dulce y candorosa mirada y plácida sonrisa, que conduce á sus hijos por senderos que la esperanza siembra de frescas y brillantes flores hácia el reino de Aquel que es la dicha; de Aquel cuya palabra no pasará, y cuyas promesas no pueden dejar de cumplirse eternamente.

En efecto: así como la naturaleza física es nuestra maestra y nuestra madre en cuanto al cuerpo, así la virtud es la fiel guía del hombre en cuanto al alma.

¿Quién mas que ella le proporciona bienes reales, sólidos y duraderos? ¿Quién sino ella puede dar la salud, la robustez y la belleza á su cuerpo, la serenidad á su conciencia, la paz á su corazon? ¿Quién sino ella le revelará lo que valen los bienes y las dichas que nos brinda este mundo? ¿Quién sino la virtud, enseñándonos á levantar continuamente hácia el cielo nuestro corazon y nuestra mirada, suscitarían en el alma afligida el pensamiento benéfico y sublime de que todo cuanto sucede no es mas que el cumplimiento de la voluntad de Aquel que es nuestro Padre, que es la sabiduría, y el amor que nos evocó de la nada y nos conserva, y por caminos del hombre ignorados, lo conduce voluntariamente hácia el seguro puerto, á través de la tempestad y de los escollos?

¡Hermosa hija del cielo! ¡qué humano idioma podría prestar voces á mi pluma, capaces de espresar lo que tú eres! La historia de la humanidad es un eterno poema, y el testimonio irrefragable de la lucha gigantesca que traes empeñada con el vicio y

con el pecado, desde la caída del primer hombre. Grabados en páginas inmortales, están allí por el dedo del tiempo tus combates y tus triunfos, los nombres gloriosos de tus hijos, santos ó héroes; y el arte sublime echa un velo elocuentísimo sobre la estatua destinada á representar tus dolores, que no son sino el testimonio admirable de tu fuerza y de tu excelsitud.

Mas yo no debo remontarme á regiones que solo es dado cruzar al águila. La modesta paloma debe girar su vuelo más cerca de los campos y del torreón secular que guarda el nido indefenso de sus hijos. Yo, por razón de mi sexo, debo considerarme llamada á proponerme por tema de mi pobre trabajo la educación de la mujer.

¡Ay! Si la mujer fuese buena, la virtud, la paz y felicidad serian las reinas del mundo. El hombre, por razón de sus instintos, de sus necesidades, de su misma condición social, está más sometido á la influencia de la mujer, de lo que ella lo está á la autoridad y á la pretendida y no real dominación del hombre; y abriéndose una fausta y dichosa era para el mundo y para la humanidad, el día en que la mujer, adquiriendo conciencia de lo que vale, y lo que puede, se pusiese de lleno al servicio del bien. El día en que todas las mujeres fuesen virtuosas, los hombres, nótese esto bien, no tendrían otro medio de agradecerlas y de hacerse amar de ellas que el ser virtuosos; he dicho serlo, porque si las mujeres lo eran verdaderamente, no bastaría á los hombres el aparentarlo. La hipocresía huiría del mundo ante el conjuro, que le purgaria de todos los vicios perniciosos.

Pues bien; yo la proclamo en sostenimiento de mi tesis, no hace mucho enunciada; los hombres serian virtuosos y buenos desde el momento en que sus virtudes fuesen la condición necesaria, y el medio único de obtener las simpatías y el amor de ese ser, destinado por Dios á disipar con su sonrisa las negras nubes que empañan y oscurecen el horizonte de la vida, sembrando de flores la áspera vereda, que, á través del árido y monótono desierto, conduce al hombre desde la cuna al sepulcro.

Serian virtuosos los hombres, porque lo serian sus padres, y propio es de todo árbol bueno, el dar fruto sano y provechoso; porque sería saludable y general el ejemplo; porque la felicidad brotaría de la virtud, como un deliciosísimo arroyo, al cual querrian acercarse todos los labios.

Mujer, conoces ya tu fuerza y tu misión, y el bien que puedes hacer al mundo el día en que firmes pacto irrevocable de alianza con la virtud, y te hagas su hermana.

Virtuosa, serás la regeneradora, serás el ángel benéfico, amado y bendecido del hombre, y esparcerás sobre la tierra la paz, la fruición y la alegría. Olvidándote de la virtud, serás la esclava-abyecta, envilecida de aquel de quien causarás las desgracia; de hierro será el yugo que abrumará tu cerviz; llanto de hiel será el llanto incesante de tus ojos; y el escándalo y la iniquidad y el dolor y el luto cubrirán la tierra como un nuevo diluvio.

Porque cuando la virtud se aleja de nosotros, la noche se estiende sobre nuestras cabezas, y el vicio nos asalta y nos devora.

El vicio, cuyos senderos, después de atravesar bosques floridos á cuya sombra se adormece y sueña mentidas dichas el hombre, piérdense en un abismo cuyo centro habitan la noche y el dolor, y cuyos bordes jamás traspasará la esperanza.

Si yo me propusiera trazar aquí el cuadro de los efectos del vicio, de la sangre y de las lágrimas que ha hecho verter y de las víctimas que ha devorado, echaría sobre mi cuadro un velo densísimo, así como no encontraría más que el silencio sublime para contestar á esa pregunta.

En todas las clases, en todos los estados, hallarán mis queridas lectoras fácilmente individuos de su sexo que nunca siguieron, ó abandonaron el camino de la virtud; paraos á contemplar su suerte, y sereis virtuosas y trabajareis con todas las veras de vuestro amor, para lo que sean también vuestras hijas, vuestros hermanos, todos aquellos á quienes ameís, porque vuestro corazón y vuestra conciencia se estremerían ante la sola idea de que puedan verse envueltas un día en tan inmenso infortunio.

Volved ahora los ojos hácia el hijo de la virtud; también os será fácil el encontrarle; parad en él vuestra vista y vuestra consideración. Su conciencia ofrece la imagen de un cielo puro, transparente y risueño. Su corazón es un lago tranquilo, en cuyo fondo se retrata la estrella candorosa de la esperanza; partiendo de sus floridas márgenes, ecos deliciosísimos, de inefable armonía, que sueñan como una religiosa promesa en el alma, ó como el anuncio venturoso de una dicha próxima é infinita.

Tal es el alma del justo: añadid ahora á esa felicidad la juventud del cuerpo, aun en la vejez de la

edad, el vigor y la belleza de los miembros, la natural perfección de las formas: echad sobre todas esas ventajas el manto preciosísimo de una salud pocas veces alterada, y tendreis la imagen completa del hombre virtuoso, á quien todos bendicen y respetan, y para quien hasta el ambiente que respira está perfumado con el celeste aroma de los beneficios que esparce, y los consuelos que derrama y prodiga.

¿Qué mas pudiera deciros, amabilísimas lectoras, niñas inocentes, tiernas flores que aun no abristeis vuestro pudoroso seno al rayo puro y vivificante del sol? ¡Cándidas vírgenes que coronais vuestras sienes con el mirto sagrado, y soñais vergeles y amores! Castas esposas, que inclináis vuestra frente sobre la cuna de vuestro tierno hijo dormido, y os embriagais de felicidad, aspirando su aliento y su sonrisa; y tú, viuda, que ocultas tu tristeza y tu dolor bajo el negro velo con que el luto cubrió tu pálida y abatida frente: ¿qué mas pudiera yo deciros para obligaros á convertir vuestra mirada hácia ese astro hermoso, suspendido por Dios sobre el sendero que conduce á la dicha? ¿Qué mas pudiera deciros para que abrais á la virtud vuestros brazos, y le franqueéis, abriéndolas de par en par las puertas de vuestro corazón?

Si amais la serenidad de vuestra conciencia, la paz de vuestro corazón; si amais el consuelo y la esperanza; si deseáis también la belleza y la salud del cuerpo; si aspiráis á ser felices en este mundo, y á serlo después en una vida infinita y eterna, sed virtuosas. Enseñad la virtud á todos aquellos á quienes deseéis esa felicidad, porque ella, la virtud sola, puede dar la dicha al alma, la salud y la belleza al cuerpo, y abrirnos las puertas eternas al seno y á la plenitud de una felicidad, vagamente presentida por el corazón; pero que solo puede comprender el justo en la presencia de Dios.

Dios, sí, es el premio de la virtud.

Considérese ahora el precio y la importancia de la educación, que tiene por objeto hacer venturosos á los hombres.

ISIDORA VALDOMINOS.

Zaragoza 24 de Marzo de 1865.

Á VALENCIA.

(CON MOTIVO DE LAS INUNDACIONES.)

Bajo la azul transparencia
De un cielo puro y fulgente,

Con régio esplendor su frente
Alza la hermosa Valencia.

Así mi vista la abarca
En la planicie tendida,
De cien pueblos circuida,
Cual victorioso monarca.

La hubo el árabe, después
De poblarla el edetano;
La conquistó el castellano;
La ganó el aragonés.

Y unos y otros á porfía
Su recinto embellecieron,
De tal suerte, que la hicieron
La rival de Andalucía.

De sus tierras florecientes
Bordan las bellezas sumas,
El Júcar con sus espumas,
Y el Túria con sus corrientes.

Y alzan en ambas riberas,
Al par, ramas y cimientos,
Los cristianos monumentos
Y las árabes palmeras.

La fama con sus loores
Lleva á remotos confines
Las auras de sus jardines,
Y el perfume de sus flores.

Salvando tierras y mares
Se ven por doquier buscados
Sus frutos en los mercados,
Sus sedas en los bazares.

Son de alabastro sus montes;
De granate sus colinas;
De plata y cobre sus minas,
De oro y luz sus horizontes.

Y en abundancia viril
Dan sus montañas felices,
Mármoles de cien matices,
Jaspes de colores mil.

Allí, aunque ajeno al placer
Que en torno le sonreía,
La primera luz del día
Vió San Vicente Ferrer.

Y entre el hilo con que forja
El gusano su tesoro,
Rodó la cuna de oro

De San Francisco de Borja.

Es proverbial la alegría
De su cielo en tintas suaves;
El concierto de sus aves,
De sus bosques la armonía:

De su suelo la grandeza,
De sus frutas la dulzura,
De sus damas la hermosura,
De sus hijos la nobleza.

Un día, tras ruda lid
Que al árabe pueblo humilla,
Lós pendones de Castilla
Clavó en sus muros el Cid.

Y con extraño tesón,
En otra lid, pasó fiero,
Abrió don Jaime primero
A las barras de Aragon.

Allí las artes de Apolo
Brillaron, y en competencia,
La filosófica ciencia:
Junto á Luis Vivés, Gil Polo.

Allí, al rumor de las olas
Que levanta el mar vecino,
En lucha con su destino,
Alzó sus cantos Arolas.

Produciendo aquel rumor
Con imágenes galanas,
Las oraciones cristianas
Entre suspiros de amor.

Hoy también, duelo y pesares,
Su juventud canta y llora,
Y la caridad implora
Con lágrimas y cantares.

Desbordadas las corrientes
De aquella tierra fecunda,
Lo anega todo, y lo inunda
El agua en tumbos crecientes.

Nada el húmedo raudal
Ha respetado en su saña,
Valencia espera de España
Un lenitivo á su mal.

Y lo tendrá; que notoria
Es la española hidalguía;
Y el que en la gloria confía,
Halla por premio la gloria.

Probemos en nuestra hermana
Consolando su aflicción,
Que la mejor religion
Es, la Religion cristiana!

AURELIANO RUIZ.

Granada 1864.

EL AIRE Y EL AGUA.

FANTASIA.

Era una preciosa tarde de Setiembre (884).

El sol bajaba á esconderse tras las azuladas cumbreras del Moncayo, y envolvía con sus últimos rayos la morisca azuda con sus paredes rojas y sus miradores verdes y blancos.

Aben-Aljefe, silencioso y pensativo, fijaba sus ojos desde lo alto de una afiligranada torrecilla en la campiña que bordeando las orillas del Ebro empujaba á velarse con las brumas de la noche.

Aben-Aljefe soñaba despierto.

Tiempo hacia que al recorrer con su mirada aquellos magníficos vergeles estendidos fuera de los muros de Sarakusta (Zaragoza), habia pensado en su palacio.

¡Cuán hermoso—se decía á sí mismo—seria ver elevado en esas orillas un alcázar con estucados de pórfido y nácar, torreones altísimos y columnas delgadas y gentiles como las palmeras de Rabat! ¡Cuán bello mirarse rodeado de esa magnificencia que por un instante igualára al dichoso con el mismo *Haroun al Raschid*!

Pero Aben-Aljefe no podia realizar su pensamiento, porque para una obra semejante necesitaba oro, mucho oro, y él se encontraba empobrecido con las continuas guerras de los cristianos.

La idea del palacio habia tomado tales proporciones en la mente del rey moro, que ni un punto dejaba de atormentarle.

—Por ese alcázar diera cuanto poseo; exclamaba el árabe con entusiasmo: hasta mi esclava favorita.

Y sepase que esta esclava que el rey en su locura prometia, era una preciosa niña de ojos garzos y lánguidos, boca diminuta y provocativa, talle esbelto y cutis trasparente como las aguas del lago de Meris.

Regalada al rey de Sarakusta por un jeque de fronteras, habia sido siempre esta hija de la Circasia, la más querida de Aben-Aljefe; pero en las almas frívolas, la posesion engendra el hastio, y ningún sacrificio parecia hacer el moro al ofrecer la esclava, tan idolatrada un tiempo. Como suele acontecer, con

el desden del soberano habia aumentado el amor de Hanifa, que, conforme comprendia la indiferencia de su antiguo señor, sentia desplegarse en su pecho una pasion delirante.

Era la noche.

Aben-Aljefe se apartó de su mirador, y cubriéndose con un albornoz, descendió de su palacio, que tan despreciable le parecia, encaminándose á dar su nocturno paseo por entre los bosques de enebros y olivos que se estendian por las orillas del rio desde los muros de la ciudad.

El rey moro caminaba á la ventura.

Una luna clarísima reflejaba sus rayos de plata en las bullidoras ondas del Ebro.

El silencio y la soledad reinaban en aquella hora.

De repente, el árabe escucha pronunciar su nombre.

Se encontraba en una especie de plazuela, desnuda de vegetacion, rodeada de pinos y acariciada por el rio.

El monarca se detuvo con sorpresa.

Sentado sobre un peñasco, en la misma orilla, divisó un anciano casi desnudo, de blanca barba, cubierto apenas con una clámide azul, ciñendo su frente con una verde corona de algas, y empuñando un precioso caracol marino.

—¿Quién me llama? preguntó el árabe asombrado.

—Yo soy, respondió el desconocido: yo, que sabiendo el deseo que te atormenta, estoy pronto á satisfacerle.

—¿Cómo! exclamó el rey con estupor. ¡Tú! ¿Y quién eres tú?

Yo soy el Ebro, continuó el anciano; tiempo hace que pugnaba por salir de mis palacios de cristal en busca de lo que hoy creo haber encontrado; desde el dia de la creacion estoy suspirando por lograr un adorado objeto; veia yo bajo las corrientes amarse los pájaros con trinos, las flores con aromas y las brisas con suspiros; ¡amor! repetian todos los seres en torno de mí; tuve envidia hasta de los arroyuelos que llegan á darme tributo, porque venian perfumados con los besos de las violetas de sus orillas; el amor jamás ha tenido para mí un solo eco; hoy he escuchado tus palabras y salgo á encontrarte para decirte: «acepto; dame tu favorita, y en cambio tendrás el palacio por que suspiras.»

—¡No puedo comprenderte! interrumpió el moro con sorpresa.

—Yo he visto á Hanifa, prosiguió el viejo, yo la he visto asomada al borde de mis corrientes, y su belleza eclipsaba el fulgor de las estrellas retratadas en mis cristales.

—Hanifa es tuya; exclamó Aben-Aljefe, cuyos ojos brillaban con alegría al solo pensamiento de verse dueño de su soñado alcázar.

El anciano se incorporó en su asiento, aplicó á sus labios el caracol, y un sonido penetrante retumbó en el espacio; el rey le contemplaba absorto y no sin espanto.

A poco, las aguas del rio, antes tranquilas, comenzaron á rizarse primero, despues á agitarse como batidas por una mano invisible, las olas hirvieron en espuma, avanzaron á la orilla, treparon en forma de columnas de viento y se esparcieron en torno al rey moro, envolviéndole en una especie de niebla trasparente y espumosa.

El árabe creia soñar.

Un ruido, semejante al lejano bramido de la mar, ó al mujir de la tormenta, sonaba en sus oidos; la luna se hallaba oculta por aquellas paredes de agua que rodeaban al moro, como los tapices fantásticos de una estancia encantada.

Aben-Aljefe volvióse con espanto hácia el viejo, que ya de pié, pero altivo, aparecia á su lado con la arrogancia del genio de los huracanes cabalgando sobre una tromba.

—¡No tiembles, exclamó, débil mortal! ningun peligro te amenaza; es que mis hijos, el viento y el agua, están en este momento fabricando tu palacio. ¡Hanifa es mia!

Dijo, y desapareció como un vapor.

El monarca quedó yerto; parecia que una mano de hierro oprimia su corazon; un frio glacial le envolvía; pensó caer, y buscó un apoyo en el peñasco.

Pasaron horas, que para el moro fueron breves instantes; un letargo embargó por fin sus sentidos, sin que durante él cesase de oir el tremendo fragor que le espantaba.

Cuando Aben-Aljefe despertó, hallóse tendido en una otomana: tendió la vista, y llegó á comprender que aquella no era su cámara.

Paredes de nácar con alicatados de marfil, artesonados de ébano, mosaicos de coral y plata, pebeteros de oro, alfombras de sedas, vajillas suntuosas, armaduras de ricos metales, el fausto mas exagerado le rodeaba.

Alzóse de su lecho con precipitacion, y cre-

yéndose presa de un sueño fascinador, abalanzóse á su ajimez: entonces dió un grito de sorpresa y admiración.

Vió el Ebro deslizándose mansamente en su anchuroso cauce; entre el río y el palacio contempló estendidas, vistosas praderas de flores, fuentes de alabastro, cenadores de jazmines y laureles, bosques de granados y limoneros; corrió á otra ventana y vió la ciudad, y mas cerca una multitud de gentes que con gritos de admiración contemplaban el nuevo palacio alzado durante la noche.

Aben-Aljefe no dudó ya; su deseo se hallaba cumplido.

Salióse de su cámara, y vióse cercado de servidores elegantes, de guardias respetuosos; atravesó los jardines, las galerías de lapislázuli y pórvido, penetró en el mirabat, bellissimo retrete consagrado á la oración, en cuyas paredes, y sobre fondo de oro, se extendía un costoso alicatado de alabastro, figurando la caprichosa fruta del granado; visitó los baños, y, por fin, respiró con fuerza y alegría.

El rey moro gozó contento del nuevo alcázar, lo grado á costa de su favorita, que la noche del prodigio había desaparecido de la azuda, sin saberse cómo.

El rey gozaba; pero la nobleza y el pueblo murmuraban alejándose de él con espanto.

Todos creían al soberano entregado á los malos espíritus.

Este descontento llegó á oídos del rey, que no tardó en echar de menos el amor de sus fieles vasallos.

Una noche que el moro, entregado á profundas reflexiones, se paseaba por los parques de su precioso alcázar, escuchó una voz dulce y melodiosa que al compás de un laud entonaba una triste endecha.

El árabe tembló.

Aquella voz salía del río; era la voz de Hanifa que cantaba entre sollozos su desgracia y la ingratitud de su antiguo amante. Aben-Aljefe huyó aterrado; pero la voz le seguía; parecía el grito de un remordimiento.

Pasaron días, y el rey palidecía, tornábase huracán y feroz, y abandonaba los asuntos de su corte por encerrarse en el fondo de su cámara oriental.

No se asomaba una sola vez á los ajimeces de su palacio que no escuchara el eco de aquel canto de lágrimas que le destrozaba el corazón.

Un día, el monarca cabalgó en su corcel favorito, y acompañado de corta hueste se encaminó por la orilla izquierda del Ebro, siguiendo su corriente.

Habiendo llegado á una vieja fortaleza que se alzaba solitaria entre dos peñascos, se detuvo y aposentó en ella: desde entonces solo se habló del rey para bendecirle.

Todas sus riquezas las empleaba en socorrer á los necesitados y en fundar al pié de su roquero castillo un pueblo, al que dió su nombre (Aljafarin).

En cuanto al palacio maravilloso, cuentan que al otro día de la partida del rey no quedó en él un ser viviente; soldados, esclavas, eunucos, todos desaparecieron como por encanto, y, con asombro general, solo quedó el alcázar con su riqueza muda, pero esplendente.

Y dicen que durante largo tiempo, cuando llegaba la noche, una música deliciosa, acompañando á una voz de mujer, dulce y apacible, resonaba saliendo del río, y entonando tristes endechas que solo cesaban al asomar el alba en el Oriente.

En cuanto á Aben-Aljefe, muerto ya, fué con toda pompa trasladado á Zaragoza, y enterrado en el panteón de los Muzas, dejando para su memoria el palacio primoroso que desde aquel día llamó la tradición, *Alcázar de Aben-Aljefe*, y que palacio árabe primero, suntuosa mansión de los reyes cristianos luego, inquisición mas tarde, podemos aun contemplar hoy con el histórico epíteto de *La Aljafería*.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

¡POBRES ANGELES SIN MADRE!

¡Oh niños! si la muerte os roba al mundo,
Guardaos bien de que engañoso génio
Vuestro crédulo espíritu desvie
De la divina senda de los cielos!

VICTOR HUGO.

I.

¡Qué doloroso es ver jugar á los niños que no tienen madre!

¡Cómo lastima nuestro corazón su inocente gozo!

Pero ¡cómo se apura la hiel de esta amargura cuando vemos reír, y correr y gozar de su infancia, á los que más tarde acaso maldigan en silencio á todas las mujeres, ó las amen á todas, creyendo encontrar en cada una de ellas la que sin piedad los abandonó, acaso sin estampar el primer beso en sus ballucientes labios!

Cuántos anatemas ha lanzado la sociedad á estas desgraciadas ó crueles mujeres!

¿Y serán ellas siempre las que lleven la culpa?

¿Nada se deja para los padres inhumanos?

¿Será siempre la execración y el delito de la que

la sociedad arroja de su seno al creerla deshonrada, y llama *infame*, si ha tratado de ocultar su deshonra?

¿Será siempre la maldad, la dureza de corazón y el alma desnaturalizada, los epítetos con que se nombra á la que dejó arrancar el hijo de sus brazos para llevarlo á la casa donde no volverá á verle, y donde al ir á buscarle le confunda con otra porción de desgraciados que lanzan sus tristes ayes, y estienden sus manecitas sin encontrar el blando regazo de su cariñosa madre?

¡Oh egoísmo cruel del hombre fuerte, que quiere ternura en la mujer para dejarse seducir, y al propio tiempo entrañas de hierro para ocultar su caída, aunque sea á costa del mayor crimen!

No podemos creer haya una mujer siquiera en el mundo que, antes de llevar su hijo á brazos de mujer ajena, antes de ponerle en aquel duro torno, en lugar de colocarle en una cuna de flores, no haya reclamado la protección del padre, no haya querido que le reconozca, que le dé su apellido, que le deje vivir á la sombra de los que le dieron el sér. ¡Pero son los hombres tan crues!

Estas y otras ideas se nos ocurrieron una tarde en que contemplábamos la casa de la Caridad, sentadas en las deliciosas playas de Almería.

Casi empezaba el crepúsculo á confundir el mar á lo lejos con el horizonte, en esas vagas tintas moradas que no pueden describirse, y que embriagan el alma en una deliciosa melancolía, cuando fijamos la vista en el gran edificio que asoma su cabeza sobre el mar, como un gigante que quisiese dominarle; pero que huyese unos pasos atrás, temiendo ser arrebatado por las olas.

La severa arquitectura de aquella fachada, no concluida aun, y la certeza de que dentro existen los dos faros de consuelo, á la vez que de tristeza de la humanidad, nos hicieron contemplar con dolor las sombrías ventanas donde creíamos distinguir á cada momento las escuálidas sombras de los infelices hospicianos, ó los cadavéricos rostros de los enfermos, refugiados allí por falta de hogar y medios para morir en el seno de su familia.

El que tiene padres ancianos y los ama con ternura, sufre horriblemente á esta idea.—¿Qué desgraciados serán los hijos que tengan que lanzar de su casa á su anciana madre enferma, á su pobre padre agonizante, para que luego le digan al ir á las puertas del hospital el día que les conceden en-

trada:—¡Podeis iros, porque ya no existe!—¡Podeis iros porque ya no teneis madre!

Pero más infelices aun los pobres niños que, al terminar sus juegos y sus locuras, no tienen un regazo donde ir sudorosos y palpitantes á descansar, y á recibir blandos besos por sus lindas travesuras.

Más infelices aun cuando reciben una ofensa, cuando una mano dura se estampa en sus mejillas con crueldad, ó macera su cuerpo sin consideración á su edad, y á su raquítico sér, no desarrollado todavía.

¡Oh cómo debe recordar entonces el niño que no tiene padre que pida cuenta de aquellos golpes terribles y crueles!

¿Qué padre dejaría maltratar á su hijo?

¿Qué madre no se volvería una hiena solo al imaginarlo?

¡Pobres ángeles sin madre!.... Hacía ya dos horas que lanzábamos esta exclamación acerba, contemplándolos en la parte alta del Malecón, donde habían salido á jugar, custodiados por las buenas Hermanas de aquel santo asilo, que más tarde tuvimos ocasión de tratar y de ver que eran un tipo de virtudes y abnegación.

Los niños jugaban, y nosotros los mirábamos uno por uno, queriendo leer en sus rostros la parte de sensibilidad que Dios había depositado en sus almas, para luchar con el terrible destino que les aguardaba.

Á pesar de que la ignorancia nos causa hasta tedio, casi nos alegraba encontrar en muchos de aquellos inocentes una frente deprimida, oscura, y una mirada imbecil y vacía de inteligencia.—¡Ese será menos desgraciado! exclamábamos sin poderlos contener.

¡Qué tristeza causa la mirada ardiente y sagaz en el que debe ignorarlo todo para no sufrir!

Entre ellos había una niña que no jugaba, que se mantenía asida de la mano de una Hermana de la Caridad que tenía un semblante dulce y resignado, y una suavidad en sus pálidas mejillas, que pudieran juzgarse de cera, á no ser por la sonrisa que alguna vez las animaban, cuando la niña le hablaba, ó daba pequeños saltitos queriendo ir á jugar con los otros niños.

Era día de fiesta, y estaban vestidos con una bonita ropa y lucían blancos y almidonados cuellos, que aquellas segundas madres, más buenas ó más felices que las propias, les habían puesto para que

salieran á gozar las brisas de la tarde, que son deliciosas en aquel poético sitio.

Desde aquella plataforma, desde aquel parterre pintoresco, le parece á uno que se encuentra en una colina, y que tiene por alfombra el verde Mediterráneo con su gracioso oleaje, su multitud de barquillas y sus rayos refulgentes del sol, y sus franjas plateadas por la romántica luna.

El Malecon, ese delicioso paseo que seduce y admira, y á donde llega el punzante olor de la marea, confundido con las frescas y húmedas auras que mitigan los ardores del día, es el intermedio entre el mar y el edificio ocupado por los enfermos y los niños, y los ancianos paralíticos é inútiles que encuentran allí morada, hasta que dejan de existir.

Ya habíamos pasado por la puerta de esta casa de la Caridad varias veces, que se encuentra á espaldas del edificio, y habíamos tenido ocasión de admirar un magnífico cuanto sentido soneto, que no podemos dejar de copiar, y que escribimos allí con lápiz, temblándonos la mano de ternura y emoción.

El autor había tenido la modestia de no firmar; pero los amantes de las letras en aquel país, nos aseguraron era obra del ilustrado ingenio, Sr. D. Francisco Javier Bendicho, vecino de aquella ciudad y distinguido siempre por la eminencia de sus ideas y su amor á los pobres, que con su gran fortuna socorre con largueza, debiéndole mucho el hospital y demás asilos de beneficencia de la provincia.

El soneto decía así:

Exurimus, et sitimus, et nudi sumus.

Tenemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos.
(San Pablo: epístola 1.^a á los Corintios, cap. 4, vers. 11.)

Aciago fruto de delito ajeno

Entre susto y vergüenza concebido,

Horror causé con mi primer latido,

A la infeliz que me sintió en su seno.

Nací: por cuna tuve inmundo ceno;

Jamás con blando arrullo fui dormido,

Y me nutrí de un pecho, que vendido,

Entre leche quizás me dió veneno.

Victima de tan mísera existencia,

¡Oh vosotros sensibles corazones!

Remediad compasivos mi indigencia

Y el huérfano os dará sus bendiciones:

Y Dios, padre del pobre, en su clemencia

Sobre vosotros lloverá sus dones.

ROGELIA LEON.

(Se continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Ana, drama en cinco actos, arreglado del italiano por los señores Coupigni, Catalina y Marco.—**Los Piratas Napolitanos**, drama en tres actos, original del Sr. Macía.—Estrenos en el Circo.

La semana anterior ha sido fecunda, no en novedades teatrales, que los teatros cierran las puertas cuando se comienza la Pasión de Jesús, sino en novedades políticas, que siendo de las que han tenido lugar en la coronada villa últimamente, son por cierto las peores novedades.—En este concepto, y siendo para nosotros campo vedado aquel donde se representan los tumultos populares, los motines y las asonadas, ora sirvan de protagonistas los estudiantes, ó esas otras aves de peor agüero, que nunca abundan bastante poco en este género de fiestas, renunciemos á entrar en él, dejando el terreno franco y despejado á nuestros colegas políticos, que ahora tendrán materia para despacharse á su gusto, y llamar la atención de los curiosos por unos cuantos días, haciendo reseñas de las últimas funciones que se han exhibido gratis en calles y plazuelas, en la Puerta del Sol y en la de la Universidad, bien que no sin correr el riesgo de perder algun ojo, merced á las pedradas de los revoltosos, ó de sufrir la pérdida de alguna costilla merced á las cargas de los gendarmes de á caballo.

Volvemos los ojos con cariño hácia nuestro abandonado teatro, con más cariño, porque no le hemos hecho una sola visita en el periodo de diez días; y sabido es que el amor de los enamorados se enciende mas en la ausencia, razon por la cual nosotros, que lo estamos del teatro, nos sentimos hoy con mayores deseos de ocuparnos de él.

Y antes de hacerlo, no queremos perder la buena ocasion que se nos proporciona de lamentar una sensible pérdida que acaba de sufrir en la anterior semana el arte dramático, con motivo de la muerte del actor Luna, maestro de declamacion en nuestro exiguo Conservatorio, y el único que parecia más autorizado para desarrollar allí con mas copia de experiencia la didáctica del arte. Es una pérdida irreparable que lamentaremos siempre todos los que tuvimos ocasion de apreciar las relevantes prendas de aquel actor, y los triunfos legítimos que ha conquistado. Á su entierro asistieron las principales notabilidades de nuestra literatura, y los actores más

antiguos del teatro español, los cuales rindieron tributo de consideración y respeto al ilustre finado, acompañando sus restos mortales hasta su última morada.

En la penúltima semana (porque ya sabemos que la última se ha consagrado enterita á celebrar la Semana Santa y á hacer ruido y alboroto, lo cual en buen castellano significa haber servido á Dios y al diablo), en la penúltima semana, repetimos, se puso en escena en el coliseo del Principe, para beneficio de la actriz Sra. Alvarez, un drama en cinco actos, arreglado del italiano por los Sres. Coupigni, Catalina y Marco, drama que representó en el mismo teatro otra vez la inolvidable actriz Sra. Santi, y que conocíamos ya bajo el título de *La Madre Siciliana*. Los tres arregladores le han bautizado con el de *Ana*, título en verdad nada expresivo.

Cuando la compañía italiana puso en escena en Madrid esta obra, sucedió lo que con otras tantas de su repertorio; el público prescindió de sus defectos y hasta de su estragado gusto, dándose por satisfecho con el placer de contemplar la figura dramática de la Santi, figura de una talla tan colosal, que resumía, por decirlo así, toda la atención del espectador, ejerciendo sobre la fantasía un deslumbramiento indefinido, una fascinación ardiente y sobrenatural que á nada es comparable. Después que desapareció de nuestra escena aquella ráfaga luminosa del arte, aquel *fantasma adoratto é gentile*, que se acarreó nuestros cultos y nuestras adoraciones, las obras más brillantes de su repertorio vertidas al castellano, y puestas en tela de ejecución por nuestros actores, nos han parecido insípidas y descoloridas, contribuyendo la falta de la poderosa actriz que las interpretaba, á dotarnos de la serenidad suficiente para examinarlas con criterio recto. Cuando representaba la Santi, hacíamos siempre caso omiso de la obra para no perder un solo momento de vista á la actriz. Ahora sucede todo lo contrario: el sortilegio se ha deshecho; la actriz ha desaparecido y nos queda la obra.

La Madre Siciliana, trasplantada á la escena con el nombre de *Ana*, es un asunto ingrato, que revela por de pronto el mal gusto de los traductores, y eso que entre ellos se halla Coupigni, que es un poeta muy modesto, muy laborioso y muy aventajado. Esto es tanto más digno de censura, cuanto que no solo se ha empleado una fuerza para reducir la obra al castellano, sino un triunvirato de fuerzas, el cual

podía haberlas consagrado ciertamente á empresa mejor.

Pero no es esto solo; aparte de la ingratitud del asunto, de sus numerosas lagunas y de sus gastados resortes, hallamos que el desempeño de los traductores es en alto grado infeliz, no tanto por las incorrecciones de lenguaje en que abunda, cuanto por la falsedad de los caracteres y por la escasez de toques delicados que en él se advierten, y por las frases impropias que se ponen en boca de algunos de los personajes, buscando un efecto mediocre y hasta chocarrero. El público escuchó la obra con paciencia, que era todo lo que se podía exigir á su galantería. En cuanto á la actriz beneficiada, justo es decir que hizo plausibles esfuerzos por salvarla; pero no lo pudo conseguir, porque el recuerdo de la Santi, bastante vivo todavía, era un obstáculo demasiado insuperable. Esta obra, como otras tantas, ha bajado ya al panteón del olvido, y allí la dejamos cumpliendo su penitencia.

En el coliseo de Novedades se estrenó también un drama en tres actos y en verso, nominado *Los Piratas napolitanos*: su autor, el Sr. Macía. En lugar de hacer la crítica de este drama, vamos á dar á la empresa un buen consejo. ¿Qué resultado se propone sacar poniendo en escena obras descabelladas, escritas sin asomo de razón ni de sentido? ¿Es esta la manera de restablecer el crédito perdido de aquel infortunado teatro? No seguramente. ¿Qué clase de criterio es el que domina en el coliseo de Novedades para aceptar con tan poca sobriedad todo linaje de obras menguadas y baladías? Lo ignoramos; pero por bien de la empresa nos atrevemos á aconsejarle que no siga ese camino, porque en él está su derrota, su descrédito y su ruina.

En cuanto al drama del Sr. Macía poco tenemos que decir: es rematado, y siendo principiante en la carrera dramática su joven autor, nos juzgamos en el deber de suplicarle cultive con perseverancia sus buenas facultades, modificando su gusto con el estudio, con la observación y con la imitación de mejores modelos: abandonando ese pesado lirismo de que hace alarde, y la trasnochada escuela romántica en que se ha engolfado con detrimento de todas las reglas y principios del arte. Nada más fácil ciertamente que hacer tiradas de versos sin ton ni son, vaciando en ellas todas las hipérboles de un cerebro hueco, y acumulando frases y más frases de re-lumbron, vengan ó no á cuento, hasta formar una

insipiente geremiada; pero esto no es el arte. Esto revela pobreza de ingenio y de talento; y, francamente, semejante pobreza no es la que atesora las grandes virtudes que el público desea admirar en la escena para colocar en sus sienes una diadema de gloria.

En el teatro del Circo se estrenó una loa nominada *La Madre de los pobres*, donde sale á plaza la figura de Santa Isabel, reina de Hungría. ¡Triste figura y triste loa! No tiene más mérito que el de acabar pronto.

A continuacion se estrenaron dos zarzuelas: una del Sr. García Cuevas, nominada *Al Perro flaco*.... y otra del Sr. Granés, cuyo titulo es *El Amor por los cabellos*.

Ambas pasaron. Escasísimo es su mérito; pero, en fin, aunque con dificultades, lograron escapar de la derrota que las amenazaba. La del Sr. Granés contiene más abundancia de chistes y acaso de disparates; pero logra hacer reir, y con esta cualidad el público de encargo que llena las galerías se da por satisfecho. ¡Cómo ha de ser!

En el número inmediato nos ocuparemos de los estrenos que tendrán lugar en las próximas Pascuas; deseando sean para nuestros favorecedores manantial de gozo y alegría.

LEANDRO A. HERRERO.

REVISTA MUSICAL.

Teatro Real.—Estreno de la ópera en cuatro actos **El Profeta**, del maestro Meyerbeer, el día 6 de Abril de 1865.

Al consignar en estas columnas las ligeras impresiones que hemos recibido oyendo el jueves penúltimo la primera representacion en nuestro régio coliseo de una de las óperas notables del célebre compositor, vamos á tributar un justo recuerdo á la memoria del laborioso maestro que há poco tiempo bajó á la tumba, legando un monumento de gloria á las generaciones venideras. Con tal propósito, pues, daremos algunas noticias biográficas del autor de la obra que se ha estrenado lujosamente en el mencionado teatro.

Joaquín Meyerbeer nació en Berlin el 5 de Setiembre de 1794, de una familia rica y distinguida, que contaba en su seno á varios individuos notables en ciencias y artes. Su génio musical se reveló muy

pronto, pues á la edad de cuatro años trasportaba ya al piano las melodías de organillos ambulantes con su armonioso acompañamiento. A los doce tenia compuestas numerosas piezas de canto y piano, solo por instinto, pues no habia saludado aún los estudios de armonia. A los diez y ocho dió en Munich su primera obra drámatica titulada *La Hija de Jephté*, en tres actos, que no tuvo buen éxito. Mas tarde marchó á Italia á instruirse en el difícil arte de componer para las voces; y una vez allí, al ver el extraordinario éxito de la deliciosa produccion de Rossini, titulada *Tancredo*, tomó aficion á la música italiana que en un principio miraba con prevencion. Allí compuso varias óperas acomodadas á la escuela italiana, teniendo algunas de ellas un éxito superior á las esperanzas de su autor. La última de este período fué la nombrada *Il Crociato*, que se estrenó en Venecia el 26 de Diciembre de 1824, y alcanzó un éxito brillante, tanto en dicha capital como en las demás ciudades de Italia.

En la ópera que acabamos de citar se descubria ya la tendencia que mostraba su autor á mezclar su primitivo estilo con el de la escuela italiana. El talento de Meyerbeer se pronunciaba y descubria su feliz disposicion para producir la espresion enérgica de las situaciones dramáticas; y, por último, la trasformacion de ideas de este ilustre artista se acabó de realizar en París, á donde fué llamado para dirigir la representacion de la ópera que hemos mencionado últimamente.

Desde esta época, pues, empieza la gloria del insigne hijo de Berlin, que dió á luz sucesivamente en la capital de Francia sus óperas de primer orden, que aunque pocas en número, han llamado muy justamente la atencion universal, y son:

Roberto el Diablo, estrenada el año de 1831.

Los Hugonotes, en 1836.

El Profeta, en 1849.

Le Pardon de Ploermel, en 1859.

Y, por último, *La Africana*, que con el título de *Vasco de Gama* se está ensayando en la actualidad en el teatro de la Gran Ópera de París.

Entrando ahora á ocuparnos de la importante obra titulada *El Profeta*, estrenada en el teatro Real de Madrid el día 6 del presente, espondremos unas breves palabras, y no más, en atencion á no poderse formar un juicio exacto por solo una representacion, cuya ejecucion no fué muy acertada, acaso por las dificultades que la obra tiene ó por las escasas facul-

tades que en general tienen los artistas que la han interpretado.

Si se comparan con la presente las dos grandes obras que la precedieron, *Roberto el Diablo* y *Los Hugonotes*, echaremos de ver en todas ellas bellezas de primer orden; pero en esta son más relevantes, y no habrá nadie que no las comprenda á primera oída, recreándose desde el primer momento al escuchar sus armonías. En *Roberto* tuvo que presentar la lucha de los dos principios, bueno y malo, que agitan á la humanidad. En *Los Hugonotes* supo expresar divinamente los delicados y puros matices del amor en lucha con el furor del fanatismo religioso. En *El Profeta* presenta también el fanatismo, pero es el popular contra los ardides de la política. El elemento principal de estas tres obras es el aumento progresivo de interés, si bien en cada una es de naturaleza diferente, pues en la que acabamos de oír; teniendo que representar los vigorosos caracteres del siglo XVI y la rudeza de costumbres de aquel tiempo, y pintar un cuadro de las épocas más complicadas por la maravillosa reunion de circunstancias extraordinarias, se ha visto el artista en la precision de dar á su obra el gran carácter que en ella se desarrolla progresivamente para impresionar al espectador y hacerle comprender la verdad del asunto que lo motiva. Por esta razón se advierte en la composición cierta frialdad majestuosa, alguna monotonía, sobre todo en el repetido salmo de los tres anabaptistas, y ciertos trozos de languidez bastante notable en los primeros actos en que el asunto tampoco está muy presentado. Como en este drama teológico el amor está sacrificado á las más severas preocupaciones, resulta que el génio indisputable del maestro Meyerbeer no ha podido desarrollar el vigor que le es propio, y tanto hemos admirado en otras producciones que hemos citado.

Respecto á la ejecución, poco diremos al considerar que la primera representación parecía un ensayo, pues si se exceptúa la Sra. Lagrange, que se distinguió algun tanto en su interesante papel, los demás hicieron todo lo posible porque fracasara una obra que tantos gastos ha ocasionado á la empresa. Esperamos las representaciones sucesivas, deseando mejorar nuestra opinion, sin omitir, por último, hacer mencion de las magníficas decoraciones que se han presentado.

FELIPE PEREZ.

ESPLICACION DEL GRABADO

DE LENCERIA.

Sombrero de crespon adornado de perlas, cinta y plumas. En lo alto un bullon rodeado de perlas. Cintas verdes.

Sombrero de encaje, forma fauchon, que cae sobre olas de terciopelo. Cintas encarnadas, flores interiormente.

Gorra de organdí adornada de cintas color de paja, con largas caídas. Guarnicion encañonada.

Gorra de tul adornada de terciopelos que se colocan á lo largo, uniéndose en medio por un lazo. Caídas de encaje.

Manga de muselina moteada con bullones de cinta verde y botones.

Manga de muselina á plieguecitos, adornada de un bullonado de cinta rosa y de una guarnicion bordada.

Fichú Luis XV, alto por detrás, abierto en cuadro por delante; es de tul moteado, adornado de bullones y guarniciones; dos lazos de cinta en medio; cintura de tafetan cerrada por un escudo de cinta guarnecido de encaje; termina por dos pequeñas aldetas semejante al fichú.

Corseillo de tafetan color de rosa adornado de terciopelitos negros. Una vuelta guarnecida de flequillo, que parte casi desde la mitad del delantero, y atraviesa en bandolera el lado derecho sobre el hombro derecho; sobre el hombro izquierdo un lazo de cinta con cabos flotantes, camiseta de muselina con entredoses, y tiras bordadas, alternando con otras á plieguecitos trasversales.

Vestido de nansouk para niña; lleva un volante de una tira bordada; la misma que se repite en la cintura, bocamangas, y escote. Cintura azul, con lazo atrás y largos cabos flotantes.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



Leroy Ing. & Co. Marais, 66, Paris.

2507 bis

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13. Pral Derecha.

Ayuntamiento de Madrid

MADRID





LA VIOLETA
Redaccion y Administracion
Concepcion Geronima N° 13. Pral Derecha. Madrid.
Ayuntamiento de Madrid

